

# ***EXCÁLIBUR, LA ESPADA DE LOS MUERTOS***

*Elena García Quevedo*

*Excálibur, una herramienta encontrada por el equipo de Juan Luis Arsuaga en la Sima de los Huecos, podría ser la primera ofrenda entregada a los muertos. El descubrimiento parece demostrar que la abstracción humana no nació con los sapiens, sino hace 400.000 años con los padres de los neandertales, la especie Homo Heilderbergensis. Atapuerca vuelve a iluminar el camino de la evolución humana.*

Los sueños se cumplen, pensé. Jan había impedido que tras visitar las excavaciones me fuera de Burgos antes de verlo; ahora acababa de abrir el armario del laboratorio para mostrarme la pequeña cajita en la que estaba. Quitó la tapa poco a poco, con miedo a que la ilusión se desvaneciera en el aire sin dejar más rastro que el desengaño, como un fuego artificial que se consume con avidez o como el recuerdo de la última sonrisa de un amor vetado. Pero no, esta vez no; allí estaba. Lo acaricié con respeto, con la certeza de tener entre mis manos una de las piezas más valiosas de todas las encontradas no sólo en Atapuerca, sino también en la reconstrucción del pasado de la humanidad. De momento, una pieza secreta, desconocida para cualquiera que estuviera fuera del equipo, y yo lo estoy. Saberlo transformaba aquel instante en algo sagrado, como cuando era niña y leía a escondidas los primeros libros de adultos. Excálibur, el único bifaz con nombre propio, existía y tenía la gran suerte de acariciarlo: Rojo, de una cuarcita esculpida con delicadeza, atravesado por una línea blanca, con un perfil aristado que recuerda un corazón, delicado; me pareció hermoso y hasta cálido en el tacto. Permanecí en silencio, hacía más de un año que al hacer una entrevista alguien me había hablado de él por error. Después, durante meses, intenté contrastar la información con distintas personas del equipo. Todos lo negaban o cambiaban de tema, como si aún fuera pronto para que supiera de él. Lo fue, hasta que por casualidad, como ocurren las cosas importantes, alguien lo confirmó.

Para Excálibur aún tendrían que pasar algunos meses más hasta salir a la luz. Tampoco era mucho. Habían transcurrido casi cuatro años desde que el equipo de Juan Luis Arsuaga lo descubrieran en la mañana del 28 de julio de 1998. Apenas un instante de espera frente a los cuatrocientos mil años que llevaba enterrado. “Así es la ciencia. Hemos que estar muy seguros de lo que tenemos antes de hacerlo público”, justifica la larga prórroga Ignacio Martínez, uno de los cinco científicos que lo desenterraron junto a Arsuaga. Durante este tiempo, Excálibur ha recorrido las universidades y

los laboratorios en los que trabajan, divididos, los miembros del equipo de Atapuerca. Tras someterlo a distintas pruebas, todos se reunieron para poner en común sus investigaciones. Y todos han apoyado la misma hipótesis: “Pensamos que es un objeto simbólico, relacionado con la muerte. El hecho de aparecer aislado, de ser la única herramienta lítica entre un montón de restos humanos, le hace muy especial... Para nosotros este descubrimiento es tan importante que le hemos bautizado con el nombre de una espada simbólica”, explicaba Ignacio. En los veinticinco años de excavaciones, sólo los fósiles humanos más importantes tienen nombre. Excálibur no es un fósil, sino una herramienta de piedra del llamado Modo dos, semejante a los bifaces que en Europa utilizaban los padres de los neandertales, los Homo Heilderbergensis. Cualquier bifaz es un útil versátil, el arma más sofisticada de la industria que utilizó esta especie. Sin embargo, a la luz del microscopio, en la herramienta guardada con tanto celo por los investigadores, no quedan restos de haber sido utilizado jamás. No como herramienta. “Personalmente creo que es una ofrenda a los muertos, un ajuar, un objeto puesto deliberadamente junto a la acumulación de cadáveres que se encuentra en la Sima. Un objeto único”, añadía Ignacio.

Respetuosa con la complejidad del mundo de los fósiles y la primera industria humana, intuí desde el principio que aquel objeto en forma de corazón rayaba el universo del mito; quizá por el lugar en el que se había encontrado, y su significado en la historia de la paleontología; quizá por una estructura social de los individuos que lo esculpieron. Quien sabe si por el modo en el que los científicos de Atapuerca se referían a él. Sea como fuere, Excálibur estaba destinado a no pasar desapercibido, a abrir el debate en la comunidad científica nacional e internacional, como antes lo había abierto la Sima de los Huesos. No en vano sima y bifaz han estado unidos desde el principio.

Ahora, en el interior de la Sima, junto a los fósiles, sólo queda la oscuridad y el frío, como una capilla a la que se abandonara al silencio durante los meses de invierno. Excepto los cinco especialistas que lo excavan en verano, pocos llegan hasta allí. Es peligroso hacerlo, y demasiado valioso para la ciencia lo que duerme en su interior. El pequeño recinto aparece ante la mirada tras un largo y tortuoso camino de cuevas y laberintos subterráneos que comienzan en la entrada de la Cueva Mayor y terminan en un pozo vertical que cae al infinito. Al fondo, tras trece metros de descenso al vacío, se abre la sala ciega, en forma de calcetín, que recuerda una minúscula capilla o un gran sepulcro, la capilla de la Sima de los Huesos. Este es el lugar en el que han aparecido los fósiles de cerca de treinta individuos Homo Heilderbergensis. Sus cadáveres fueron acumulados en esta fosa de la que nada ni nadie podía volver a salir. Tampoco los carnívoros cuyos restos, junto a los de los osos, también se estudian. Hasta la fecha éste es el mayor registro fósil humano del Pleistoceno Medio, y la primera acumulación aparentemente intencional de cuerpos humanos encontrada en todo el planeta. Como si el silencio de la estancia quisiera recordar que quizá para aquellos primeros hombres este lugar fue su pequeño navío de Creonte, la nave con la que viajar desde el mundo de los vivos al de los muertos. En el presente se interpreta como la señal de que la conciencia de la muerte podía haber nacido. “El descubrimiento del bifaz en la Sima de los Huesos es otra prueba de que en este momento se produjo un salto cualitativo en la conciencia humana”, cierra, serio, Eudal Carbonell. Como niña chica que explora un mundo desconocido, las preguntas acuden a borbotones al escuchar a los especialistas, quizá en un intento por encontrar las respuestas sobre la composición de mi propia mente; quizá, simplemente, por la humana necesidad de saber más. ¿Qué supone el nacimiento de la conciencia? Esa senda compleja en la que, como en una composición musical, conviven la capacidad de soñar, de crear arte, de comunicarnos, la estrategia, los credos o, también, la consciencia del fin de nuestro propio tiempo. La abstracción. “El descubrimiento del bifaz en la Sima de los Huesos es una prueba más de que con los Heilderbergensis nos encontramos en el umbral del cambio”, añade el arqueólogo catalán. Muchas parecen ser las pruebas a favor de la hipótesis. Unas se han encontrado en Atapuerca, otras algo más lejos. Es el caso de los huesos de elefantes prehistóricos, con más de 400.000 años de antigüedad, grabados con líneas parecidas a las del marcador de velocidad de un coche que se encontraron en el yacimiento alemán de Bilzingsleben. También la Venus de Berekhat-ram, descubierta en los Altos del Golán. Se trata de una escul-

tura femenina de entre tres y cuatro centímetros de altura hecha con material volcánico que cuenta con 250.000 años de antigüedad. Ambas son las primeras obras de arte de la humanidad.

Pero no quedan ahí las señales. El fuego, que cambió para siempre las sociedades humanas, aparecía en paralelo. El primer hogar descubierto, situado en Terra Amata (Niza), está datado hace 350.000 años. Tampoco se detienen ahí las certezas: “Es seguro que aquella gente hablaba. No creo que lo hicieran como nosotros porque tenían un cerebro distinto, pero todo parece indicar que no fue nuestra especie la que inventó el lenguaje”, concluye Carbonell en el libro *Sapiens*.

Pese a que en Atapuerca todos parecen coincidir en la hipótesis, saben que fuera son muchos los que asocian la complejidad simbólica a nuestra especie, la del *homo sapiens*. “Se trata de dar un salto cualitativo muy importante. El bifaz refuerza la hipótesis de que la especie *Homo Heilderbergensis* ya tenían un pensamiento simbólico...Pero nadie puede saber realmente cómo pensaban ellos”, aclara José María Bermúdez de Castro, codirector de las excavaciones.

De lo que sí se sabe algunas cosas es de cómo era su vida. Una vida que en la Sierra había transcurrido entre los ríos Arlanzón y Vena, donde los pequeños grupos de entre diez y veinte personas cambiaban el campamento de lugar de forma periódica. A veces pernoctaban al lado de los ríos, otras al abrigo de cuevas como Gran Dolina. Hasta allí llevaba los animales adultos como caballos, uros o ciervos que habían matado gracias a una caza organizada. Las presas no sólo servían para comer; de ellas extraían las pieles con las que fabricar mantas y alfombras para combatir el frío y la humedad, o los sacos donde transportaban los útiles como los bifaces. Tenían lanzas, cuchillas de piedra, palillos con los que limpiarse los dientes y conocían las hierbas comestibles del entorno. Pero no todos cazaban, la pequeña sociedad en la que niños, adultos y ancianos convivían, se basaba en la cooperación mutua, y en el juego como camino hacia el aprendizaje. “Las abuelas y los abuelos enseñaban a los más pequeños”, concreta el arqueólogo Jordi Rosell. Los adultos, corpulentos de frente huidiza y sin mentón, tenían una alimentación más vegetariana que cárnica.

El pensamiento simbólico continuó en paralelo a la evolución hasta llegar a los neandertales que desaparecieron con la expansión del *Homo Sapiens*. Con nuestra especie alcanza sus máximas cotas, como una explosión de estrellas.

En la Galería del Sílex, un antiguo santuario de nuestros antepasados directos, las pinturas rupestres hablan por sí mismas. La Sima de los Huesos está cerca, como si la proximidad de ambos lugares quisiera resumir el largo camino de la mente humana. La misma entrada une ambas cuevas con el exterior.